

# La peste de la ceguera\*

## Notas a *Ensayo sobre la ceguera* de José Saramago<sup>1</sup>

Cándida Ferrero Hernández

Universitat Autònoma de Barcelona  
 Departament de Ciències de l'Antiguitat i de l'Edat Mitjana  
 08193 Bellaterra (Barcelona). Spain  
 cafh@wanadoo.es

---

### Resumen

La obra de José Saramago es una obra comprometida ideológicamente con la crítica al sistema de la globalización y del pensamiento único. Su novela *Ensayo sobre la ceguera*, la primera de la trilogía que componen también *Todos los nombres* y *La caverna*, basa su argumentación en universales que entroncan, claramente, con la tradición del mundo clásico.

**Palabras clave:** Saramago, enfermedad, ceguera, globalización, tradición clásica.

---

### Abstract

Jose Saramago's work is ideologically compromised in a criticism to globalization and global thought. His novel *Ensayo sobre la ceguera*, the first of the trilogy formed with *Todos los nombres* and *La caverna*, bases its argumentations on universal concepts clearly linked with the tradition of the classic world.

**Key words:** Saramago, disease, blindness, globalization, classic tradition.

---

*Nos han abandonado en medio del camino,  
 entre la luz íbamos ciegos.*

José Hierro

De la obra de José Saramago dice Miguel García-Posada<sup>2</sup>: «Las últimas novelas de José Saramago se vienen caracterizando por sus planteamientos universalistas.

\* Este trabajo ha sido realizado con la ayuda del proyecto de investigación BFF2000-1097 de la DGICYT.

1. En las lecciones que impartí en el curso 1999-2000 en la UAB, sobre Literatura Europea de Tradición Clásica, incluí un apartado sobre literatura iberoamericana contemporánea y en éste unas notas sobre la obra de Saramago. El empeño se basaba en la creencia de que la novela del portugués enlazaba de forma notable con los parámetros de la tradición clásica. Esperaba que mis alumnos vieran cómo una obra actual, no poética, podía encajar a la perfección con los tópicos que habíamos estado estudiando a lo largo del semestre. Creo que se cumplieron los objetivos previstos. Gracias a todos ellos, por haber colaborado en que así fuera.
2. «Del progreso y sus mitos», Babelia, núm. 475, *El País*, 30 de diciembre de 2000.

Un espacio y un tiempo prácticamente descarnados sirven de ámbito a la fabulación narrativa que atiende a la abstracción moral de los discursos alegóricos».

*Ensayo sobre la ceguera*<sup>3</sup>, *Todos los nombres*<sup>4</sup> y *La caverna*<sup>5</sup>, según el autor<sup>6</sup>, forman parte de una trilogía en la que se busca la plasmación de un mundo que absorbe, devora y olvida a los hombres, sus vidas, sus historias, su historia. La novela más reciente, *La caverna*, nos habla de la globalización y de la aniquilación de lo individual, en *Todos los nombres*, se nos proponía una reflexión sobre la subversión, contra el control riguroso del poder, desde una perspectiva aparentemente pacífica. En *Ensayo...*, la primera de la trilogía, se aborda, con una cierta mirada milenarista, el abismo al que se abocan los tiempos.

Una ciudad, una comunidad, repentinamente se ve invadida por una peste que irá contagiando a todos los ciudadanos sin respetar edad ni condición. No hay un «grupo de riesgo» único, todos irán cayendo: un hombre va conduciendo su coche y al detenerse en un semáforo se ve invadido por una luz blanquecina, lechosa; no es una ceguera oscura, pero sus efectos son los mismos, el hombre no ve. Acude a la consulta de un médico y allí, sin quererlo nadie, contagiará a los pacientes que están en la salita de espera y al propio médico. Éste será el primer grupo de apesadados que en sus relaciones respectivas ya habrán contagiado a otros. Se propaga la enfermedad. No hay explicación médica a tal ceguera, ni a tal contagio. La autoridad competente habrá de velar por el resto de la ciudadanía y así se resuelve declarar la segregación de los enfermos en un lugar donde no puedan seguir propagando su enfermedad. El grupo de confinados irá creciendo, tanto y en tan poco tiempo que la autoridad, desbordada, los deja abandonados a sus propios recursos. Mientras, fuera, sigue el contagio. Todos caen en su finísima red. Ya nadie ve. Y de pronto, de la misma manera que llegó una luz blanquecina, lechosa a los ojos de aquel hombre que iba en un coche, a ese mismo hombre lo envuelve la oscuridad, se asusta, abre los ojos, y ya ve. Casi siguiendo el mismo orden de contagio, se obra «la curación» y todos van recuperando la vista. ¿La recuperan?

A lo largo de la historia de la literatura se ha tratado desde varias perspectivas el tema de la enfermedad en general y de la ceguera en particular, aunque no pretendemos aquí sino ofrecer unos apuntes sobre la visión universal y por tanto clásica, de la que antes se hablaba, de la novela de José Saramago.

Sobre la enfermedad y su tratamiento literario podemos tomar como referentes obras tan dispares como *El idiota* de Fiodor Dostoiewsky<sup>7</sup> y *La montaña mágica* de Thomas Mann<sup>8</sup>. Estas obras nos dan puntos de vista diferentes, sin embargo coinciden en presentarnos al enfermo, como *infirmus* que es, fuera del sistema social. Y así quedará recluso en un mundo que se le hace a medida: Hans Castorp, recluso voluntariamente seducido por el morbo de la enfermedad, y su primo Joachim, que

3. J. SARAMAGO, *Ensayo sobre la ceguera*, Madrid, 1998.

4. J. SARAMAGO, *Todos los nombres*, Madrid, 1998.

5. J. SARAMAGO, *La caverna*, Madrid, 2000.

6. Declaraciones hechas al diario *El País* el 10 de marzo de 2001.

7. F. DOSTOIEWSKY, *Obras Completas*, Madrid, 1968.

8. T. MANN, *La montaña mágica*, Barcelona, 1995 (3ª).

está realmente enfermo de tisis, como la sociedad centroeuropea del momento, en Davos. El idiota noble en su propia inseguridad, como insegura y enferma se hallaba la aristocracia rusa, como portador del mal sagrado, la epilepsia.

De la misma manera Filoctetes queda aislado en su refugio insular. También Edipo a las puertas de Atenas, en Colono, lejos de Tebas. Y es que podríamos analizar la enfermedad desde el punto de vista que nos han legado autores bien diversos, aunque no podemos negar nuestra afición al *Filoctetes* de Sófocles, o al *Edipo rey* y su conclusión *Edipo en Colono*, como tampoco podemos negar el tratamiento literario que da Sófocles a sus obras a partir, probablemente, de su devoción a Asclepio, devoción que dota su obra de una piedad que provoca la emoción más sincera.

Sófocles, según M<sup>a</sup> Rosa Lida, «el más homérico de los trágicos [...] pone como centro de su drama el más vulgar de los inexplicables azares divinos: la enfermedad»<sup>9</sup>.

Analiza esta autora la obra de Sófocles en relación a la enfermedad y afirma que aunque Alcestris, Fedra, Orestes y Télefo son personajes enfermos, sin embargo Filoctetes marca los parámetros del enfermo «el solo y el enfermo». Manifiesta Filoctetes una enfermedad no originada por el hombre, la serpiente que muerde a Filoctetes no es sino una representación de las fuerzas del mal que emanan de antiguas fuerzas ctónicas y que tan bien son representadas por todo tipo de reptiles en general y de serpientes en particular<sup>10</sup>. Filoctetes, recluido en su dolor, habita en un lugar solitario, desolador y triste. Dice Neoptólemo:

Hace secar al sol unos andrajos llenos de hedionda sanies.

El enfermo se cuida a sí mismo como puede. Frente a él la actitud de Odiseo representa la del hombre «de Estado»:

Cuando se precisa semejante hombre, tal soy yo, y cuando es el momento de hombres justos y buenos, a nadie hallarás más frío que yo. Sí, mi carácter es desear la victoria de cualquier modo.

Con estas palabras se nos manifiesta el héroe como la misma representación de un estado frío y pragmático, frente a él está el enfermo con su hambre, con el dolor de sus heridas, abandonado a su suerte. Dice M<sup>a</sup> Rosa Lida: «Sófocles llega a lo más primitivo de la pena trágica, a la enfermedad que degrada al hombre, por eso sitúa a su héroe fuera de la sociedad humana»<sup>11</sup>.

Fuera de la sociedad quedan también los ciegos de Saramago, sometidos a la ordenación que les impone el Estado. Así, al inicio de su confinamiento, «una voz» les dirige el siguiente discurso institucional:

9. M<sup>a</sup> ROSA LIDA, *Intro. al teatro de Sófocles*, Buenos Aires, 1971 (2), p. 85-137.

10. Al respecto no debemos olvidar que en todos los tratados sobre animales, desde Aristóteles, aluden a la maldad y venenosidad de éstas como uno de los males más terribles que afligen al hombre.

11. Op. cit.

En aquel mismo instante se oyó una voz fuerte y seca de alguien, por el tono, habituado a dar órdenes [...]

El gobierno lamenta haberse visto obligado a ejercer enérgicamente lo que considera que es su deber y su derecho, proteger a la población por todos los medios de que dispone en esta crisis por la que estamos pasando, cuando parece comprobarse algo semejante a un brote epidémico de ceguera, [...] y desearía contar con el civismo y la colaboración de todos los ciudadanos para limitar la propagación del contagio [...] El gobierno conoce plenamente sus responsabilidades [...] pedimos la atención de todos hacia las instrucciones siguientes, primero, las luces se mantendrán siempre encendidas, [...] segundo, abandonar el edificio sin autorización supondrá la muerte inmediata de quien lo intente [...], décimo, en caso de incendio, [...], los bomberos no intervendrán, undécimo, tampoco deberán contar los internos con ningún tipo de intervención exterior [...] duodécimo, en caso de muerte, cualquiera que sea la causa, los internos enterrarán sin formalidades el cadáver en el cercado, (...) décimo quinto, esta comunicación será repetida todos los días a esta misma hora, para conocimiento de los nuevos ingresados. El gobierno y la Nación esperan que todos cumplan con su deber. Buenas noches.<sup>12</sup>

La voz que les habla, el altivo funcionario que habla a los ciegos, piensa en el Estado, en general, en el bien común, como Odiseo.

La enfermedad es un estigma, la maldición de la enfermedad es, desde los antiguos, una maldición sagrada: una evidencia de nuestra culpa, y todos podemos ser culpables, ni que sea de los pecados de nuestros padres, ni que sea de los pecados de nuestros hijos, aunque no entendamos el por qué todos somos culpables:

No se acuse, fueron las circunstancias, aquí todos somos culpables e inocentes.<sup>13</sup>

Que todos ellos, humanos, se encontrasen ciegos, era una fatalidad de la que no tenían culpa, son desgracias que llegan, nadie está libre...<sup>14</sup>

Uno de los hombres se puso en pie bruscamente, este tipo es el que tiene la culpa de nuestra desgracia, [...]. Calma dijo el médico, en una epidemia no hay culpables, todos son víctimas.<sup>15</sup>

Nadie está libre, y en el ensueño de una fingida tranquilidad deviene un sobresalto y se nos quiebra el tiempo. El rencor se abre en el espacio mínimo de un segundo interminable, se agrieta resquebrajando la carne que antes se sentía satisfecha. El dolor se hace insoportable por lo sorprendente de su llegada y se marca así la frontera de la enfermedad, no sabemos si ignominiosa para nosotros o para los demás. Y es que la enfermedad no es un hecho aislado y personal, afecta también a la familia y a la comunidad toda, como la peste que asola la Tebas de Edipo a causa de su culpa. Difícilmente se mantiene oculta porque la enfermedad tiene

12. Op. cit., p. 54 y s.

13. Op. cit., p. 115.

14. Op. cit., p. 366.

15. Op. cit., p. 59.

lacras que evidencian la mancha, esté donde esté. El desequilibrio que se precipita en nuestro cuerpo se manifiesta, a pesar de los intentos de ocultación por miedo a la diferencia, por temor a que se produzca la segregación, el confinamiento.

El jugar un papel asignado nos resguarda del mal de la segregación, incluso se nos permitirá jugar desde dentro sigilosamente, a reventar el sistema, de forma clandestina, nunca a las claras, sin apartarse de ese sistema, y si alguien lo hace debe atenerse a las consecuencias: marginación, soledad... Son las reglas, reglas no escritas, pero asumidas desde siempre, desde antiguo, cuando la diferencia primera se manifestó al percibir una mancha en la piel, un cabello de color encendido o unos ojos glaucos.

La diferencia, el contagio, ¿cómo eliminarlo?:

[Dice] el comandante del regimiento, que el problema de los ciegos sólo podría resolverse a través de la liquidación física de todos ellos, los habidos y los por haber.<sup>16</sup>

La diferencia y el riesgo de aislamiento, y de extinción, ya lo trató también el mismo autor en la obra *Casi un objeto*<sup>17</sup>. En este libro de relatos, todos extraordinarios, encontramos precisamente uno de hondo sentir clásico titulado «Centauro»<sup>18</sup>. En este relato se nos presenta al último ser mitológico que ha sobrevivido aislado en los bosques:

Vencido por una fatiga de siglos.<sup>19</sup>

Era el último superviviente de la gran y antigua especie de los hombres caballos. Había estado en la guerra contra los lapitas, su primera y de los suyos gran derrota. Con ellos, vencidos, se había refugiado en montañas de cuyo nombre ya se había olvidado [...] <sup>20</sup>

Centauro, el Centauro, cuyo nombre desconocemos, como también desconocemos los nombres de los personajes de *Ensayo...*, que son sólo mencionados como *el médico, la mujer del médico, la muchacha de las gafas oscuras, el niño bizco...*, y para qué más si su humanidad, como la de Centauro, nos quedan patentes:

Entonces miró su cuerpo. La sangre corría. Mitad de un hombre. Un hombre. Y vio a los dioses que se aproximaban. Era tiempo de morir.

Centauro es reconocido como hombre, no como medio hombre, aunque sea a punto de morir. Muerte que se precipita cuando los hombres modernos detectan su presencia, y él que había sobrevivido por siglos será acosado y cazado final-

16. Op. cit., p. 121.

17. J. SARAMAGO, *Casi un objeto*, Madrid, 1994.

18. Op. cit., p. 150-180.

19. Op. cit., p. 157.

20. Op. cit., p. 159.

mente, como ser monstruoso, diferente a la mayoría. ¿Culpable por ello? Así les pareció a los activos ciudadanos que lo acosaron hasta la muerte.

Y es que la enfermedad, al propagarse, deviene peste que amenaza los cimientos del sistema. Es necesario segregar, acotar, cercar, apartar la enfermedad a cualquier precio. El sistema que nos presenta Saramago es una democracia (?) en la que paradójicamente se usa de métodos fascistas. El autor, de forma intencionada, ahonda en la idea de la homogeneidad, del pensamiento único, que se impone como premisa del sistema. La diferencia es entendida y tratada como peligrosa disidencia que ha de perseguirse, ni que sea con métodos propios de un estado de sitio, que niega la ayuda a los contagiados, a los apestados. Y así, ellos, en su desconcierto, han de marcar en su grupo unas normas de comportamiento, son las normas que han de servir para evitar el gobierno de la sinrazón:

A ver quién manda aquí, y se paró aguardando a que alguien respondiera [...] Si no nos organizamos en serio, van a mandar aquí el hambre y el miedo.<sup>21</sup>

Miedo provocado por no saber dónde están las camas, dónde los urinarios, dónde una pared, dónde un peligro. Sólo la ceguera blanca, tan desconcertante:

Fueron pasando las horas, uno tras otro los ciegos entraron en el sueño. Algunos se habían cubierto la cabeza con la manta, como si desearan que la oscuridad, una oscuridad auténtica, una negra oscuridad, apagara definitivamente los soles deslustrados en que sus ojos se habían convertido.<sup>22</sup>

Desconcierto y paradoja en desear la oscuridad, el ciego que desea quedar cegado. Esta paradoja la plantean también Víctor Gómez Pin (autor de *Los ojos del murciélago*) y José Saramago en una conversación transcrita en el «Babelia, núm. 475»<sup>23</sup> con motivo de la publicación de *La caverna*:

G.P.: [...] el lector parece ser invitado a una verdad elemental que sólo una ceguera común impediría asumir....

J.S.: [...] escribo alegorías en lugar de efectuar reflexiones explícitas a partir de una fidelidad a lo real porque lo que llamamos real ya no sirve de nada, es sólo el resultado de la ilusión, una especie de sirviente del espejismo.

[...] las manos ven, a la vez que los ojos tocan [...]

Todo ha de reinventarse y nadie sano guía a los ciegos, porque la ceguera es contagiosa, nadie sano a no ser la mujer del médico, que lo acompaña al Infierno, como Alceste, como Orfeo, no quiere dejar a su compañero a una suerte incierta.

21. Op. cit., p. 110.

22. Op. cit., p. 86-87.

23. *El País*, 30 de diciembre de 2000.

Es la más abnegada y fiel de las heroínas porque no lo es. Es una mujer, la esposa de un hombre, y con él quiere estar para ayudarlo, para que la soledad no le venza.

Esta figura va tomando el rasgo de protector del grupo de enfermos desvalidos:

En cuanto a la primera sala, tal vez por ser la más antigua y llevar por tanto más tiempo en proceso de adaptación al estado de ceguera, un cuarto de hora después de que sus ocupantes acabaran de comer, no se veía en el suelo un papel sucio, un plato olvidado, un recipiente goteando. Todo había sido recogido. [...] La mentalidad que forzosamente habrá de determinar comportamientos sociales de este tipo, ni se improvisa, ni nace por generación espontánea. En el caso a examen parece haber tenido una influencia decisiva la acción pedagógica de la ciega del fondo de la sala, la que está casada con el oculista, que dijo hasta la saciedad, Si no somos capaces de vivir enteramente como personas, hagamos lo posible por no vivir enteramente como animales, y tantas veces lo repitió, que el resto de la sala acabó por convertir en máxima, en sentencia, en doctrina, en regla de vida, aquellas palabras, en el fondo simples y elementales.<sup>24</sup>

Y así de esposa burguesa pasa a ser madre, guía y maestra de un nuevo grupo social, heterogéneo antes de la llegada de la peste, de la inflexión del dolor; ahora homogéneo por causa del sufrimiento, por la soledad y por su propia invalidez: el niño sin madre, la muchacha de las gafas oscuras, amante clandestina, el hombre airado, el propio médico...

El grupo en su confinamiento afronta muchas horas vacías, muchos miedos:

El miedo ciega, dijo la chica de las gafas oscuras, Son palabras ciertas, ya éramos ciegos en el momento en que perdimos la vista, el miedo nos cegó, el miedo nos mantendrá ciegos, Quién es el que está hablando, preguntó el médico. Un ciego, respondió la voz, sólo un ciego, eso es lo que hay aquí. Entonces preguntó el ciego de la venda negra, Cuántos ciegos serán precisos para hacer una ceguera. Nadie le supo responder.<sup>25</sup>

El miedo a una realidad que va extendiéndose y que no pueden eludir. Afrontar la ceguera es comenzar a ver al menos que el mundo ha cambiado y a su pesar, aun con temor, van adaptándose a un mundo donde:

Lo que somos aquí ciegos, simplemente ciegos, ciegos sin retórica ni conmisericordias, el mundo caritativo y pintoresco de los cieguitos se ha acabado, ahora es el reino duro, cruel e implacable de los ciegos.<sup>26</sup>

No hay concesiones ni a la literatura, basta de florituras para adornar la ceguera, se ha de vivir y sentir, en una nueva selva, donde los hombres sobrevivan, sin ayuda:

24. Op. cit., p. 137.

25. Op. cit., p. 152-153.

26. Op. cit., p. 157.

No tardarán en convertirse en animales, peor aún, en animales ciegos.<sup>27</sup>

No hay consuelo ni en la religión, incluso las propias imágenes se han quedado ciegas:

Levantó la cabeza hacia las esbeltas columnas [...], pero en aquel mismo instante pensó que se había vuelto loca, o que desaparecido el vértigo, sufría ahora de alucinaciones, no podía ser verdad aquello que los ojos le mostraban, aquel hombre clavado en la cruz con una venda blanca cubriéndole los ojos, y, al lado una mujer con el corazón traspasado por siete espadas y con los ojos también tapados por una venda blanca [...] todas las imágenes de la iglesia tenían los ojos vendados [...] Y otro hombre con un león, y los dos tenían los ojos tapados, y otro hombre con un cordero y los dos tenían los ojos tapados. [...] Tal vez haya sido el propio sacerdote de aquí, tal vez haya pensado justamente que, dado que los ciegos no podrían ver las imágenes, tampoco las imágenes tendrían que ver a los ciegos<sup>28</sup>.

De nuevo el juego de espejos, la paradoja del ser y del parecer. ¿Quién ve realmente? ¿Existimos porque nos ven?:

Las imágenes ven con los ojos que las ven, sólo ahora la ceguera es para todos. Tú sigues viendo, Iré viendo menos cada vez, y aunque no pierda la vista me volveré más ciega cada día porque no tendré quien me vea.<sup>29</sup>

El hombre se ha convertido en un ser insignificante, invisible, y si nadie le mira, como a todos esos seres anónimos que trabajan, viajan en metro, corren a comprar, no existe; si te miran, ni que sea un minuto, existes.

Llegamos al final de la alegoría que nos plantea Saramago, de la misma forma que llegó la ceguera, marchará, no sin antes reflexionar de nuevo sobre la paradoja ya planteada sobre la luz y la oscuridad, la ceguera blanca y la oscuridad del sueño, donde al menos se ve:

Ahí estaba el blancor deslumbrante de sus ojos, que probablemente sólo el sueño oscurecía, pero ni de esto se podría tener seguridad, ya que nadie puede estar al mismo tiempo durmiendo y en vela [...] Creyó que había pasado de una ceguera a otra, que habiendo vivido en la ceguera de la luz iría ahora a vivir en la ceguera de las tinieblas, el pavor le hizo gemir. Qué te pasa, le preguntó la mujer, y él respondió, estúpidamente sin abrir los ojos, Estoy ciego.<sup>30</sup>

Ya no está ciego y, al abrir los ojos, que mantiene cerrados por temor, grita *Veo, veo*. Y poco a poco todos recuperan la vista. Y se preguntan *¿por qué nos quedamos ciegos?*

27. Op. cit., p. 156.

28. Op. cit., p. 361-362.

29. Op. cit., p. 362.

30. Op. cit., p. 368.



No lo sé quizá un día lleguemos a saber la razón. Quieres que te diga lo que estoy pensando, Dime, **Creo que no nos quedamos ciegos, creo que estamos ciegos, Ciegos que ven, ciegos que viendo no ven.**<sup>31</sup>

A modo de conclusiones podríamos hacer las siguientes consideraciones:

- Dentro del ámbito de la enfermedad, la ceguera, la privación de la luz, de las imágenes, que ya en Homero se dice que se forman en nuestros ojos, de ahí la expresión *ver en los ojos* (en locativo) y *no con los ojos*, como instrumento, preocupó a los griegos. Incluso respecto a los animales. Así Aristóteles<sup>32</sup> formuló una hipótesis sobre los topos, recogida entre otros autores medievales por Ioannes Aegidius Zamorensis<sup>33</sup>, hipótesis que plantea la duda sobre si el animal ciego tiene ojos atrofiados o bien si su generación es sin ellos, concluyendo que, aunque no están, sin embargo, si se levanta la piel que recubre esa zona, están las cuencas, aunque vacías.
- Se dice que Homero era ciego, y ciegos eran quienes iban de plaza en plaza entonando romances. Ciego era Tiresias y veía en la hora del crepúsculo. Ciego quedó Edipo después de su mutilación, como ciegos se van quedando los habitantes del espacio literario de *Ensayo*... en el contagio implacable de una peste que se propaga inmisericorde.
- La peste de la ceguera. Edipo también cae víctima de la peste que asola Tebas, cuando le va marcando, sin que él lo sepa, en su ignorancia. La ignorancia es la propia peste, la peste de la ceguera. La ceguera genera ignorancia del mundo cotidiano, pero también genera la sabiduría de otras sensaciones a las que el no ciego no se muestra tan sensible: olores, sabores, ruidos, agitación de la respiración de quien habla engañosamente, de la maldad que acecha... Y así el ciego se vuelve cauteloso, precavido, atento a otras señales diferentes a las evidentes.
- La peste es la ceguera en la obra de Saramago, o la ceguera se convierte en peste. La enfermedad es la culpa y como tal lo vemos en *Ilíada* cuando Apolo señala a los culpables Aqueos enviándoles la peste a través de sus mortíferas flechas. Y si está señalado, el culpable ha de ser apartado para que no contamine a los demás ni su sola presencia, como Filoctetes.
- Así, de la misma manera, son apartados en *Ensayo*... los enfermos para que no se propague el contagio, para que el resto de la ciudadanía pueda proseguir su vida sosegada, pues la enfermedad evidente muestra a los demás que somos, seguramente, culpables de algo, de querer, de no querer, de ser crueles o bondadosos, en definitiva de ser culpables aunque sólo sea de ser el testimonio de que al resto pueda hacérseles manifiesta, también, la señal, la mácula de su imperfección latente.

31. Op. cit., p. 373.

32. *De animalibus*.

33. *Contra Venena et alia animalia uenenosa*.

- La lacra puede afectar a todos, a amantes clandestinos, a hombres perversos, a médicos trabajadores, a niños, como a Edipo, cuya primera señal de culpabilidad se le impone en forma de grilletes que le atenazarán los pies y que le marcarán hasta darle nombre: el de los pies hinchados.
- Adaptándose a la enfermedad la persona sobrevive, como el topo, aunque sea perdiendo el órgano. Pero esa supervivencia genera una marginación, el enfermo, en consecuencia, es aislado. Y ¿qué puede ocurrir cuando lo anormal sea la salud? Los enfermos se apoderarán poco a poco de los espacios reservados a los sanos, hasta que ya no queden sanos. La peste es el señor del sistema, se ha subvertido el orden y han de crearse nuevas estructuras que se acomoden al nuevo estado, ha de haber un nuevo orden. Y en ese orden queda un solo sano, quien, como Prometeo salvador, provee aquello que necesitan sus protegidos. Como Prometeo, la mujer del médico va entre ellos, con ellos, haciéndoles creer que es uno más. Como Prometeo, que no es uno de aquellos dioses lejanos y crueles que les condenan, aunque cada vez quedan menos, tal vez se hayan humanizado ya todos, tal vez hayan huido a otro mundo más tranquilo, tal vez hayan muerto.

Cuando poco a poco comienzan los ciegos a sanar hay un momento en que la mujer teme quedarse ella ciega, temiendo tal vez un castigo por su fortaleza. Tal vez se pregunte como Prometeo: *¿Cuál es mi culpa?* Lloro desconsolada, temiendo verse encadenada a la oscuridad, cuando los demás celebran jubilosos su curación, en un juego de espejos crueles.

Ahora me toca a mí, pensó. El miedo súbito le hizo bajar los ojos. La ciudad aún estaba allí.<sup>34</sup>

34. Op. cit., p. 273.